

A PROPÓSITO DE LA ARQUITECTURA DEL FRANQUISMO, CARLOS SAMBRICIO RESPONDE A TOMÁS LLORENS Y HELIO PIÑÓN

...Dummodo annuerint in omni medicationis genere doctissimi Facultatis professores.

*A. Brillat-Savarin,
Fisiología del gusto*

"...con tal que lo aprueben los catedráticos de la Facultad, muy sabios en toda clase de medicaciones". Porque que no lo hagan parece ser el temor que se intenta imbuir a los que, en el momento actual, plantean una revisión de ciertos capítulos de la historia de la arquitectura española del siglo XX. O bien, más directamente, "...con tal que Llorens o Piñón aprueben..." lo que algunos podamos decir o pensar, porque parece que ha sido en ellos en quien ha recaído el duro y, tantas veces, tan desagradable como incomprendido papel de "guardián de la línea". Y digo esto porque, en esta misma revista, algunos de "...la generación más joven de críticos e historiadores" hemos recibido una llamada al orden, en forma de colegial palmetazo, por habernos atrevido a poner en duda, llegando incluso a criticar, aquellos juicios que nuestros mayores habían ya pronunciado sobre el tema de la arquitectura de los primeros años del franquismo. Nuestro error —y por ello hemos sido reprendidos con las doctorales medicaciones de Tomás Llorens y de Helio Piñón—, sigue siendo el siguiente "... cuando todo el mundo hubiera esperado una confirmación de los juicios negativos que se habían venido aplicando a la arquitectura producida o propiciada por el régimen franquista en sus primeros 10 o 15 años, o, al menos, una comfortable indiferencia frente al tema, ocurre que la generación más joven de historiadores no sólo se lo está tomando a pecho, y muy vivamente por cierto, sino que opone un grave y ceñudo mentís a las condenas de la generación de sus mayores."

Para Llorens y Piñón, los artículos publicados por Ignacio Solá-Morales, Antón Capitel, José Quetglas, Lluís Domènech, y alguno publicado por mí mismo, suponen una extraña provocación, no sólo por haber roto con el papel que se nos asignaba (la misión de los jóvenes es asentir o callar ante sus mayores), sino por salir del tácito silencio atreviéndonos a emitir una serie de opiniones y juicios que ponen en duda el valor de la labor realizada por aquéllos.

En algún sentido, su actitud recuerda a la de cierto catedrático de la Universidad de Madrid que, hace todavía relativamente poco, sentenciaba cómo nunca hubo en estos cuarenta años arquitectura en España. Y digo bien senten-

ciaba, que viene de "sentencia", y no "parafraseaba" o "se refería", pues el Juez, condenando con gastados esquemas a la cultura, se indignaría ante el intento de transgresión de la norma, lo que es, por otra parte, evidente en este caso.

Sin diferenciar los aspectos que cada uno de nosotros ha tratado, sin matizar sobre los enfoques y sin destacar nada como positivo, se nos mete a todos en el mismo saco, y todos somos, por tanto, objeto de censura. Hubiese sido importante y útil, por el contrario, desmontar nuestros razonamientos desde una lógica (poco importa cuál fuese ésta, porque en cualquier caso se hubiese enriquecido el debate). Pero, en lugar de ello, se hacen referencias a nuestros pechos o a nuestros entrecejos y se reacciona de una forma que hubiese hecho palidecer de envidia al propio Valle Inclán: en una de sus comedias bárbaras, si no recuerdo mal, se dice cómo, al español, "mentarle la madre es mentarle lo absoluto"; pues bien, parece como si lo absoluto para Llorens o Piñón fuese el comentar y opinar cosas que ellos ya creen discutidas. Pero antes de comentar qué cosas, convendría que señaláramos el porqué de nuestra actitud.

Para muchos —para nuestros mayores y también para nosotros durante un tiempo—, la opinión del hecho franquista vino determinada por las vivencias personales. También para nosotros, insisto, y no creo que sea éste el momento de comparar pedigrees. Pero mientras que ellos dan el tema por pasado, considerando que muerto el perro se acabó la rabia, y recabando "... una comfortable indiferencia" (y así de la condición senil, carente de reflexión crítica, se invita a tener por virtud), nosotros, los que publicamos los artículos censurados, estuvimos básicamente interesados en entender qué fue realmente el franquismo, cuál fue su estructura de poder, cuál su saber, cómo el técnico aceptó el compromiso de la colaboración... Partiendo quizá de la discusión planteada por Poulantzas sobre el tema del fascismo —dictadura o bonapartismo—, la realidad es que la discusión sobre los aparatos de poder aparece hoy, y desde varios frentes, unida a una voluntad de entenderla más allá de los inmediatos esquemas en los que se nos había explicado y que nosotros, tal vez, habíamos incluso repetido; y ello, principalmente, por cuanto respecta a la situación y análisis de la primera postguerra. En este sentido los estudios realizados desde diferen-

tes campos por José Luis García Delgado o por Naredo sobre la economía de la autarquía desarrollan las ideas de una "economía industrial agraria", idea que contradice claramente todo un conjunto de consignas que, la mayor parte, creíamos consecuencia de un análisis científico correcto. En efecto, la idea de que el abandono del campo por parte de una oligarquía suponía una situación económica en la cual, el paso fundamental se definía en términos de revolución burguesa, llevaba a proponer esquemas en los cuales conceptos como los de "alianza de las fuerzas del trabajo con las fuerzas de la cultura" se manifiestan hoy como incorrectos: y los estudios de Carlos Moya sobre la aristocracia financiera, o los trabajos desarrollados sobre el cambio social —la evolución de un status adscrito a uno adquirido— señalan como, en ningún caso, es factible identificar los esquemas del franquismo a los del fascismo.

A partir de aquí, nuestro interés —mi interés— se centró básicamente en intentar comprender la naturaleza del franquismo y en ver cómo la arquitectura se definía como reflejo de un problema de estructura. Dejando de lado el problema de encontrar un período histórico que revalorar —como apunta Tafuri al criticar a los arquitectos que se aproximan a la teoría para justificar su obra personal—, descubriendo en él valores posibles de reactualizar o frente a los cuales emocionarse, creo que una de las pocas constantes del "... grupo de jóvenes críticos e historiadores" fue, básicamente, la pretensión de hacer historia.

Cuando comenzamos a trabajar —o, concretamente, cuando yo empecé a trabajar— el conjunto de tópicos con los que nos encontramos era realmente impresionante. Cualquier "boutade" era buena, y textos tan criticables y deficientes como, por ejemplo, el de Cirici eran recibidos con alegría por parte de aquellos que veían así confirmadas sus opiniones. Y, a modo de placer solitario aceptasteis —vosotros, Llorens y Piñón— lo que nunca hubieseis aceptado de cualquier otro momento en la historia, ni de cualquier otro análisis en cualquier otra especialidad o disciplina, "... cuando todo el mundo hubiera esperado una confirmación de los juicios negativos...". Con la única diferencia que nosotros no estamos preocupados en emitir juicios ni positivos ni negativos. Estamos sólo interesados en comprender. (Y,

como verás más tarde, nada más lejos de nosotros que la asepsia weberiana del científico.) Obligadamente teníamos que partir del período de la República. Pero tampoco vosotros supisteis valorar o entender. Repetiais que cualquier arquitecto exiliado o muerto en el bando republicano, por el simple hecho de serlo, adquiriría una categoría profesional a la que nunca llegaron los que quedaron. Y llegado el momento, la simple mención a ciertos nombres de arquitectos o de grupos se convirtió en una contraseña, en un elemento de complicidad para saber con quién se estaba hablando. En ese sentido ayudasteis a construir mitos y referencias obligadas en la arquitectura, pero no porque explicaseis cómo se reflejaron ciertas situaciones del capital en el desarrollo arquitectónico. Vuestros análisis fueron, gran número de veces, de tipo sentimental, y en él, sistemáticamente, alejabais cualquier posibilidad de duda al confrontar el período "heroico" de la arquitectura republicana con la realidad posterior. Con la realidad.

Si aceptamos la idea de que el poder produce y que produce lo real, el estudio de lo real, de esos campos de objetos expuestos ante nosotros, debía ser manipulado para confirmar nuestras ideas. Pero cuando en esta argumentación introducimos la componente de la duda, entonces el límite del análisis adopta una dimensión nueva. Planteando, pues, la teoría como un instrumento para investigar la realidad —como señala Foucault— y no como dogmas sobre su naturaleza, el tópico de que el franquismo abría puertas a un nuevo estado, a un nuevo poder, suponía analizar no tanto por qué vías se establecía la continuidad, sino que se trataba de ver la estructura del corte o de límite. Surgían pues contradicciones. ¿Qué es el poder?; si el poder produce, ¿cómo produce? ¿cuál es el saber?... y en este sentido, desarrollando el discurso señalado por Poulantzas sobre los aparatos ideológicos y aceptando después la visión de Foucault de la idea de poder, los interrogantes se plantean sobre el tema del poder, de su saber y, por tanto, de su técnica.

Poco a poco dejamos de tener ganas de reír ante vuestros tópicos, y nuestro nuevo *clin d'oeil* se basó, fundamentalmente, en una intención de provocaros, a vosotros los Llorens o Piñón, en demostraros nuestro interés, más en la idea nietzscheana de historia, que en sobados esquemas que no conducían a ninguna parte. "¿En el fondo, en qué ocupa su tiempo el buen historiador sino en contradecir?"

Existen, por supuesto, diferencias y desavenencias entre Solá, Capitel, Quetglas, Domènech y yo mismo; y es difícil encontrar puntos comunes entre nosotros. Pero, en cualquiera de ellos, existe un valor que en ningún caso presentan los vuestros —vuestras opiniones sobre este tema—, y es el valor de la duda. Y esto respecto al primer punto, es decir, respecto a por qué nues-

tra actitud.

Pero, en vuestro escrito, hay un segundo párrafo que tampoco tiene desperdicio. "...No, los años 40 no constituirían un bache en la historia de la arquitectura española del siglo XX, sino que serían uno de sus momentos más plenos e interesantes. No, la victoria de Franco no habría traído consigo el colapso del racionalismo arquitectónico propiciado por la República, sino que habría garantizado, por el contrario, el desarrollo y la maduración, bajo vestiduras nuevas, de ese mismo racionalismo. Más aún: el estudio de la arquitectura franquista de los años 40 podría tener la virtud de iluminar ejemplarmente algunos de los problemas más profundos en que se debate la conciencia arquitectónica hoy, liberándola de los prejuicios que le impiden comprender lúcidamente su papel y posición dentro del sistema social". Comentado entonces, mínimamente, el tema del porqué de una actitud, obligais ahora a que os comente, en segundo lugar, el cómo y a partir de qué, de nuestros trabajos. Vosotros dos, Llorens y Piñón, partís de una valoración lingüística, formal, del hecho arquitectónico. Teorizando sobre las posibles diferencias entre racionalismo de vanguardia y difuso, entre racionalismo como actitud teórica y racionalismo como respuesta adecuada a la transformación de las condiciones técnicas de la construcción, caéis en la trampa de intentar entender la arquitectura de los años cuarenta desde aquellas convencionalmente utilizadas para explicar los años treinta. Identificando el cambio con la idea de un nuevo salto epistemológico, tal y como lo define Bachelard, para vosotros la diferencia de planteamientos existente entre un momento y otro se resuelve con un extraño método de reducción al absurdo, mientras que nosotros, por el contrario, hemos intentado aceptar la idea de detectar "... la incidencia de las interrupciones".

Partiendo de la idea del recorte y del límite, vimos —frente a vosotros— cómo se manifestaba el rastro, y cómo, en algún sentido, el poder-saber, que enuncia Cacciari, determina un círculo perfectamente cerrado, de manera que sólo podríamos comprender el poder analizando el sentido del saber. Vosotros decís para que todos entiendan que no lo pensáis: "... No. Los cuarenta no constituirían un bache en la historia de la arquitectura española del siglo XX, sino que serían uno de sus momentos más plenos e interesantes." A ello nuestra contestación creo que debe ser clara: Sí. Existe un bache. Pero lo que no existe es el salto que vosotros queréis darnos a entender. Existe sólo una voluntad de manipular —como saber del nuevo poder— unos supuestos arquitectónicos que, hasta el momento, se habían identificado con el saber de la vanguardia. Y si verdaderamente la arquitectura de los años cuarenta representa uno de los momentos más plenos e interesantes de la arquitectura española del si-

glo XX, ello se debería, sin duda, a que se trata de un momento que refleja de forma perfecta —y sin tantas contradicciones como otros— lo que significa la voluntad y renuncia a la valoración formal de una arquitectura para entender, a nivel del desarrollo alcanzado por el capital en su organización, lo que significa ahora la auténtica lectura arquitectónica.

Con la misma intención, poco más tarde seguís insistiendo. "No, la victoria de Franco no habría traído consigo el colapso del racionalismo arquitectónico propiciado por la República, sino que, al contrario, habría garantizado el desarrollo y la maduración, bajo vestiduras nuevas, de ese mismo racionalismo." La victoria de Franco sirvió para mostrar al arquitecto cómo aquella utopía, la de adoptar un papel de guía moral de las masas en un intento de alcanzar la paz social, era claramente un sueño. El franquismo impidió efectivamente la idea de una ordenación del territorio, de una gestión municipal de la ciudad o de cualquier actividad que fuese contraria al desarrollo de todo tipo de intereses de la clase dominante, y sólo en ciertos momentos, y siempre por parte de la propaganda, en todo caso, se criticará un racionalismo arquitectónico.

Pero hay un punto que, en mi opinión, de nuevo tratais de forma ligera, llegando Llorens a contradecirse en algún escrito suyo. Hablais de un "... racionalismo arquitectónico propiciado por la República". Dado que Llorens en un artículo publicado en *Arguments*¹ comentaba como en absoluto existía en Valencia identidad de planteamientos con respecto a Madrid o Barcelona, comprendo mal esa expresión de "un racionalismo arquitectónico propiciado por la República". ¿Quiere eso decir que la República marcó una alternativa formal, a modo de consigna? En este caso, ¿quién jugó el papel de Zdanov? O, por el contrario, ¿queréis decir que la República socialdemócrata aceptó como suyos unos modos, unos esquemas formales, que la burguesía hizo suyos desde supuestos de moda, eclectivos y contradictorios por tanto?

Existe un hecho indudable, y es la importancia que en el momento tuvieron toda una serie de arquitectos empeñados en lograr una transformación de la estructura física. Pero esto se vio más claramente desde los estudios de urbanismo, desde la serie de Oficinas Municipales que pretendieron cambiar la forma de vida. En este sentido sí utilizaron a la República, y digo utilizaron, con la idea de difundir unos supuestos de vida más avanzados que los de la propia República. Y en efecto, la victoria de Franco dio al traste con este tipo de intervenciones. Pero no creo que sea esta vuestra referencia, Llorens y Piñón, pues vuestro interés parece centrarse, preferentemente, en la repercusión y desarrollo del Movimiento Moderno dentro de la cultura arquitectónica, y ello en términos

puramente aparentes.

Establecer por tanto, y lo repito, cuál es el límite, y no analizar por qué vía se plantea la continuidad, podría ser un aspecto que nos enriquecería a todos, y en el que sería de desear que Llorens y Piñón profundizaran participando. Creo poco en las polémicas, sobre todo cuando se inician desde pedestales —en este caso concreto, desde pirámides de edades—. Nuestros trabajos, insisto, están ciertamente plagados de errores, contrasentidos y contradicciones. Pero cualquier discusión tiene, por ahora, que pa-

sar por los supuestos que enunciábamos.

Nadie pone, pues, en duda el valor de los trabajos de Piñón y Llorens. Pero en éste no sólo se equivocan, sino que se permiten adoptar una actitud sorprendentemente violenta, dogmática y, sobre todo, inútil.

"Con tal que lo aprueben los catedráticos de la Facultad, muy sabios en toda clase de medicaciones" ... Con tal, entonces, que lo aprueben Llorens y Piñón. En un principio, cuando recordé la frase, lamente que, en lugar de decir *meditación*, dijese

medicación. Pero luego supuse que debía de hacer referencia al viejo hábito de los profesores de medicar con ricino.

Carlos SAMBRICIO

¹ T. Llorens. *El moviment modern i el racionalisme a l'arquitectura i l'urbanisme valencians* en ARGUMENTS n.º 1, Valencia, 1974, p. 63-64 "... Pel que fa a Espanya una 'auténtica avantguarda' no es va produir més que a Madrid (al voltant de la revista 'Arquitectura') i a Barcelona (al voltant del grup 'Gatpac'). A València no se'n va produir d'avantguarda."

A PROPÓSITO DE LA ARQUITECTURA DEL FRANQUISMO, IGNACIO SOLÀ-MORALES RESPONDE A TOMÁS LLORENS Y HELIO PIÑÓN

No resulta en absoluto satisfactorio ni es fácil contestar al artículo que dos miembros del consejo de redacción de *Arquitecturas bis* nos han dedicado a la mayoría de quienes en los últimos tiempos nos hemos dedicado a estudiar la arquitectura española producida en los primeros años del franquismo.

La dificultad arranca de dos cuestiones: en primer lugar del tono mismo en que está planteada la polémica, y en segundo lugar de la contradicción entre la intención global en la que finalmente el artículo se encierra y los argumentos sectoriales que en el mismo se desarrollan.

El artículo es una expedición de castigo. Como en las incursiones militares en campo contrario en las que más que plantear unos claros frente de lucha lo que se pretende es desbaratarle la organización al enemigo poniendo de manifiesto sus puntos flacos y sobre todo minando su moral al develar la inconsistencia de su organización. Así parece moverse este artículo en el que el tono de reprensión general, el desenmascaramiento de ocultas tendencias entre "la joven generación de críticos e historiadores" o el orteguiano "no es eso, no es eso" son, en todo momento, la pauta dominante.

No olvidemos que el artículo se abre y se cierra justamente con consideraciones, nada metodológicas, sobre los conflictos generacionales, apelando incluso a un cierto problema edípico para explicar, en último término, "las condenas a la generación de sus mayores" que parecen ser el más dominante de los rasgos que caracterizan a quienes hemos trabajado últimamente en estos temas de historia de la arquitectura española.

Tiene razón Carlos Sambricio cuando, en un irónico artículo que se publica también en estas páginas y del que comparto buena parte de sus argumentos, evoca la palmeta del maestrescuela como el más característico instrumento crítico utilizado por nuestros amigos.

Ciertamente, con ello no se abre el camino para un debate en profundidad de las cuestiones que el abanico de aproximaciones al tema de la arquitectura de los años de la autarquía estaban planteando sino que se invita a atrincherarse y a lanzarse desde uno y otro lado los sarcasmos y los juicios fáciles cuando no los improprios, que también los hay en el artículo que nos ocupa.

Porque la equivocación metodológica fundamental de este artículo pretendidamente analítico es precisamente el no haber realizado un trabajo de inventario, de disección y de taxonomía de la multiplicidad de lecturas que el argumento ha provocado, sino que se ha dedicado a la simplificación y al esquematismo a partir del cual hacer valoraciones globales en las que casi nada es reconocible.

El artículo parte de una comprobación exacta: la multiplicidad de los puntos de vista; pero inmediatamente advierte al lector de la importancia de esta clave de lectura. Porque en realidad se trata de hacer caer en la cuenta de que el contenido de los trabajos a los que se hace referencia tienden a dar "el pego". Por ello se ven obligados a advertir que aun cuando parezca que las opiniones mantenidas parecen constituir "la opinión de los bien informados" en realidad se trata de un montaje publicitario tras el cual se esconde no sólo la falta de documentación —término bastante impertinente para algunos trabajos— sino la falta de información y, en definitiva, la contradicción más palmaria.

Sin embargo una vez establecidas estas advertencias a modo de preámbulo y siendo recogidas también en la conclusión del texto, se pasa a un tratamiento que supone todo lo contrario. Se postula la existencia de hipótesis comunes contra las que se argumenta. Este tratamiento provoca a mi modo de ver una dificultad bastante grave. Porque la contradicción existente entre el primer postulado —la inexistencia de un

"programa común"— y el segundo —la posibilidad de hallar una serie de "lugares comunes" desde los que hacer la crítica global— no es fácilmente superable.

Realmente me temo que lo que acaba sucediendo es que casi todo el mundo se siente vapuleado por los ardores críticos de nuestros autores sin sentirse, a cambio, mínimamente entendido en su propio discurso.

La hipótesis de la diversidad que servía como primer argumento "de castigo" no admitía, en cambio, un segundo desarrollo global a menos que predominase en este segundo apartado el trabajo analítico y diversificador sobre las hipótesis generalizadoras. Pero, sobre todo, lo que crea siempre cierta extrañeza son las deducciones más globales a las que Llorens y Piñón se entregan en no pocas ocasiones, al remitir a supuestos más generales —considerados como implícitos— las afirmaciones que los diversos autores hemos planteado. Porque a lo largo del artículo menudean las insinuaciones que hacen pensar en un juego a tres bandas en el que muchas de las afirmaciones no fuesen directamente "a los argumentos mismos" sino que sirviesen para caracterizar y desenmascarar a toda una partida, a un grupo tal vez sucursal de italianizantes autónomos, a los que convendría recordar el santo y seña de los buenos usos y costumbres.

Tres sugerencias para seguir

Aun a riesgo de repetir argumentos ya expuestos en otras ocasiones quisiera insistir, sin embargo, en el carácter nada fortuito que el éxito del tema de la arquitectura de los años cuarenta tiene. Creo que es precisamente su misma ambigüedad, su carácter polifacético, tardío en algún sentido, de modo que en el declinar de las tendencias y programas se hacen más comprensibles la polivalencia de los contenidos, lo que explica la fascinación que este período ha ejercido en algunos du-

rante los últimos años. No sólo como *part maudite*, sino también como reflujo de los años heroicos, momento de la progresiva absorción por los diversos sistemas y a pesar de las divergencias ideológicas de los momentos históricos del orto y el ocaso.

1. A mí me parece que el punto de vista de la continuidad de los años cuarenta con la arquitectura española anterior, que por cierto Helio Piñón en su reciente libro "Arquitecturas Catalanas" hacía también suya, tiene sobre todo el interés de propiciar dos cuestiones bastante claras. En primer lugar que la arquitectura más académica e historicista no fue inventada por el "Nuevo Régimen" y que, por lo tanto, su despliegue en los años de la postguerra procede de toda una historia también hasta hoy poco atendida que es la de la arquitectura que se produce en España al margen de la vanguardia. Poner de manifiesto la continuidad de la enseñanza académica "antes y después" o de los mismos arquitectos notables "antes y después" o de las instituciones profesionales "antes y después" significaba, si se quiere, subrayar los materiales con los que realmente se construiría una pretendida y casi inexistente arquitectura "fascista" o "falangista" la cual hasta los años cincuenta da el marco conceptual dominante aun cuando su situación de crisis quede manifiesta incluso en sus contaminaciones.

Porque ésta es la otra cara de la moneda, la presencia, la penetración, si se quiere en ciertos casos capilar pero en otros casos bien deliberada, de la tradición moderna.

Es evidente que el caso más palmario es el de la arquitectura agraria. Se trata como de un material del Movimiento Moderno puesto al revés, actuando en un programa social que no era el de la metrópoli desarrollada sino el del proceso originario de acumulación capitalista. (Por cierto que en el punto de la interpretación económica que debe hacerse del papel de la política agraria en los años cuarenta y aun cuando sea un tema que exceda a la brevedad de esta nota me parece que los estudios de Naredo y Legina, de García Delgado, de Nicolás Ortega, por citar los aparecidos en los últimos años, ponen de manifiesto la insuficiencia de las hipótesis de Paramio o de Tamames de las que se hace eco el artículo de Llorens y Piñón). Que esto no sea el simple racionalismo difuso que se arrastra desde la Ilustración me parece de lo más evidente. Baste citar dos ejemplos claves en el campo del planeamiento y en el de la vivienda: las conexiones de Bidagor con el urbanismo centroeuropeo de los años treinta o las de Fonseca con el trabajo de Patrick Abercrombie son no sólo conocidas sino documentables y explícitas. Se trataría por tanto de una utilización anómala de procedimientos metodológicos y de sistemas de organización de la ciudad que no corresponderían exactamente a los de la vanguardia arquitectónica más ortodoxa sin que

por ello se pudiese afirmar que se trate de algo ajeno a ella. Hacen bien los articulistas en decir que el carácter deliberado y global de los propósitos de la vanguardia no se corresponden exactamente con lo que ciertas áreas de la arquitectura española de los cuarenta ofrecen. Pero estaría justamente en estas diferencias y semejanzas uno de los puntos más atractivos del estudio de estos años.

2. A mí me parece que un tema que planea a lo largo de las líneas de más de un trabajo de los que nos ocupan es precisamente el de la disponibilidad de ciertos niveles no ya del "oficio" de arquitecto sino del cuerpo de conocimientos propios de la disciplina, lo cual puede ser visto desde el término de la autonomía y servir incluso a algunos para justificar no ya esta autonomía sino la independencia e incluso la impunidad para operar en cualquier sentido. Pero hay otra óptica que creo que es más rentable desde el punto de vista del operar del conocimiento arquitectónico y de la autonomía, y éste me parece que es el de la disponibilidad.

En sí mismas las columnas dóricas o las normas DIN no presuponen todavía una determinada ideología, y sin embargo tendemos a identificar a unas y otras con la arquitectura de la época clásica o con la arquitectura de los tiempos modernos. Por ello trabajar sobre situaciones contaminadas en las que los instrumentos de un cierto registro conceptual son incorporados a otros distintos es enormemente enriquecedor tanto para entender que ni todo era ignorancia e incultura en los arquitectos de los años cuarenta ni tampoco todo era el baluarte de la academia funcionando sin agotamientos ni fisuras. Con ello creo que ganamos algo bastante importante y que es no sólo poder entender que Aizpúrua y Torres Clavé fueron y no fueron lo mismo, sino también por qué Mies en Chicago o Le Corbusier en Vichy.

Me parece que una preocupación bastante generalizada en quienes hemos escrito sobre la arquitectura de los años cuarenta es el de la fortuna que ciertos planteamientos tenían, sobre todo en relación a las declaraciones ideológicas con las que la vanguardia había acompañado sus propuestas. Casi diría que en general a la poca preocupación por el tema de la vanguardia, que es algo casi inexistente como grupo cultural activo en estos años por razones bien conocidas, se contrapone el interés que refleja la producción de la arquitectura desde las instituciones —el Estado, la Escuela, la Academia—, o dicho más brevemente desde la institución misma de la Arquitectura, es decir desde aquel cuerpo de conocimientos y de prácticas de trabajo social que van más allá de las características determinadas de un individuo genial, de un caso fuera de lo corriente, de un *outsider* o de un innovador.

Poder comprender cómo funcionan los conocimientos, los recursos proyectuales, las imágenes

de la tradición, de la moda o de la innovación en este cuerpo institucional de la arquitectura creo que es algo que permite explicar los límites y las posibilidades, las dependencias y los condicionamientos de muchos instrumentos que configuran a este cuerpo institucional.

3. Si se quiere, esta aproximación significa también otra cosa. El paso de una historiografía de los momentos punta a una historiografía más interesada por los procesos de largo alcance y por las condiciones no sólo de producción del conocimiento sino también por los procesos de su distribución y consumo.

Que todo ello se inscribe en el marco de los problemas generales que hoy se plantea la crítica me parece fuera de toda duda. Por ello me sorprende que Llorens y Piñón hablen de una "confortable indiferencia" frente a este tema tras el que asoma, creo yo, la problemática de la revisión del Movimiento Moderno. No otra es la cuestión que el debate de los años cuarenta comporta. El trabajo en el que la crítica actual se encuentra comprometida es el de repensar esa tradición que ya no se presenta como única sino que se muestra en su diversidad de procedencias, en las diferencias de objetivos, en la pluralidad de instrumentos proyectuales. Evidentemente que no es lo mismo vanguardia que racionalismo, ni racionalismo que funcionalismo, ni funcionalismo que movimiento moderno. Como tampoco son lo mismo clasicismo, academia, historicismo o revival. En cualquier caso creo que es esta dispersión terminológica la que ya ha puesto de manifiesto la falta de unidad que sólo era pensable desde la analogía de estos términos.

Más allá del tributo a la última recuperación dictada por el consumo iconográfico y generada desde los talleres de alta costura del Museo de Arte Moderno de Nueva York, creo que el estudio del período de la arquitectura española de los años de la autarquía constituye un capítulo nada despreciable de esta historia múltiple de la arquitectura del siglo XX en la que el cambio de sus instrumentos y las posibilidades de sus viejos métodos se entrecruzan en dinámicas no siempre exactas y paralelas.

Este es un orden del discurso fundamentalmente interno a los propios problemas de la arquitectura y a su reciente historia, pero no por ello es un discurso indiferente a las implicaciones que aquella tiene con los problemas más globales de la sociedad y de sus transformaciones.

Porque si políticamente no vale excusarse en el defensivo estatuto de la autonomía disciplinar a fin de tener una coartada para el puro juego tampoco valen sin más las llamadas al orden en nombre de quienes "en estos últimos años de la dictadura franquista regían (desde la oposición) los destinos de la arquitectura española".

Tempus fugit.

I. SOLA-MORALES RUBIO

RESPUESTA A NUESTROS Oponentes

por **Tomás Llorens y Helio Piñón**

Decididamente tenemos, unos y otros, poco hábito de polémica. Una buena parte del texto en los escritos de nuestros oponentes consiste en quejas por el "tono" del nuestro. Acerca de eso, naturalmente, no es posible seguir discutiendo. Y preguntarse si es que realmente nuestro "tono" era demasiado "agresivo", o si son nuestros oponentes los que tienen la sensibilidad demasiado a flor de piel es, por mucho que nos inquiete en nuestro fuero interno, una pregunta bizantina. El caso es que no nos hemos entendido; o nos hemos entendido poco.

En primer lugar, en cuanto al objetivo de nuestro artículo. No intentábamos establecer una valoración crítica, a nivel individual, de los trabajos a que aludíamos, sino polemizar —y la polémica es un género distinto del de la recensión—, como decíamos en el título del artículo, con cierto "paradigma" "cliché", "estereotipo", etc.—. Aun dejando de lado los méritos desiguales que los trabajos aludidos pudieran tener, por otra parte, tampoco participaban, como es natural, del mismo modo y en el mismo grado de ese paradigma. Pero que, de algún modo, lo hacían, creemos haberlo demostrado mediante citas textuales. Y eso, para los propósitos de nuestro escrito, bastaba; puesto que, lo repetimos, nuestro objetivo no era —lejos del espíritu "de maestrescuela" con que nuestros oponentes nos adornan— sentar sus méritos o deméritos intelectuales, sino que se situaba en otra región; en primer lugar en la de los tópicos de charla de café —valga la expresión, aunque hayan desaparecido los cafés— o los corros de "tradición oral" que determinan en gran parte la "opinión bien informada" por lo que se refiere a la cultura arquitectónica de nuestro país.

Es precisamente en esos niveles donde radicaba el objeto colectivo de disgusto de nuestros oponentes: esa historia de la arquitectura de la República y del franquismo en términos de buenos y malos, que constituía el "otro paradigma", o "cliché" que, justamente, nuestros oponentes trataban de demoler. E incidentalmente, Carlos, comprendemos que el vocativo —"sois vosotros, Llorens y Piñón", "Piñón y Llorens", etc.— constituye un gesto retórico de fácil atractivo, cuando uno se encuentra en ciertos estados de ánimo, pero ¿no te parece que colgarnos el sambenito de esa historia "de buenos y malos" es ir un poco demasiado lejos? Para empezar, nunca habíamos escrito, o sólo de pasada, acerca de la arquitectura española de los años 40. Y si se trata de una especie de metonimia críptica —"la parte por el todo", haciéndonos cabeza de turco de un "todo" al que silencias (como en cierto modo parece insinuarse entre líneas tanto en tu escrito como, más débilmente, en el de Ignacio)— la acusación es bas-

tante torpe. Como tampoco es mucho más feliz el recurso polémico —o ¿es que de verdad no habéis entendido la función retórica de nuestra caracterización (caricatura, si queréis), en términos de "generaciones", de "jóvenes" y de "mayores"?— de pintarnos como "guardianes del orden", defensores de la "interpretación canónica", *e così via*.

Así como la historia en términos de "buenos y malos" era, sobre todo, un fantasma de charla de café, que afectaba, en modo y grado diverso, más allá de sus méritos individuales, los trabajos de historia y crítica de la arquitectura reciente española, anteriores a los vuestros, del mismo modo el cliché —estereotipo o paradigma, etc.— contra el que iban dirigidas las aristas más agudas (aunque también las más ocasionales) de nuestro escrito es, sobre todo, un fantasma, también, de charla de café que no afecta, por supuesto, del mismo modo y por igual (lo declaramos así, puesto que insistís en ello —¿o queríais también que citáramos nombres?) a los trabajos que aludíamos. Por descontado que atacando a un estereotipo no entendíamos defender al otro (aunque *coterie* por *coterie*, nos resultaban más simpáticos los más ingenuos y menos resabiados de los "tiempos de la oposición").

Pero así como aquel fantasma o ídolo de opinión tenía también un lado conceptual que limitaba inevitablemente el alcance y la penetración de las interpretaciones precedentes de la realidad histórica de la arquitectura española, así también el nuevo fantasma tiene un lado conceptual que ejerce un efecto igualmente limitador sobre las nuevas interpretaciones —o un efecto más limitador, porque la ingenuidad del primer fantasma permitía quizá una visión más franca y menos deformada de la realidad de las cosas—. Y es contra ese "lado conceptual" contra el que iban dirigidos los aspectos, llamémosles más teóricos, de nuestro artículo.

Por desgracia son precisamente esos aspectos —¿quizá porque eran los menos pinchosos?— los que nuestros oponentes, en los escritos que aquí se publican, dejan prácticamente sin discutir.

Yendo a las cuestiones de fondo, a la substancia, en definitiva, de la polémica, el desacuerdo no está en la afirmación de que, por ejemplo, "la arquitectura más académica e historicista no fue inventada por el 'Nuevo Régimen'", o en la de que "no todo era ignorancia e incultura en los arquitectos de los años cuarenta" (no faltaba más), etc. No está, por decirlo simplificando mucho las cosas, en que nosotros defendiéramos la imagen de una arquitectura franquista, *ergo* académica, *ergo* antivanguardia, *ergo* mala. Leed, si no, de nuevo nuestro escrito cuando se os hayan calmado los ánimos.

El desacuerdo está, sobre todo, en que (en nuestra opinión) el paradigma de un desarrollo *continuo* de "lo ideológico" a lo largo del proceso de formación del capital español, desde los años 20 hasta nuestros días, *no valora suficientemente la ruptura del 1939*. Los esquemas teóricos de Foucault, válidos (o sugestivos, quizá) para grandes períodos históricos, resultan poco útiles para un examen que se mueve en una escala temporal relativamente corta. Los esquemas de Poulantzas tampoco permiten aclarar el carácter específico de la dictadura franquista —tan distinta de los fascismos europeos en tantos aspectos; entre ellos el hecho de deber su origen a la guerra del 1936-39—. No. La introducción de un aparato teórico más "sabio" no garantiza automáticamente la finura del análisis. Y (en nuestra opinión) las interpretaciones de nuestros oponentes resultan excesivamente simplistas, no caracterizan o cualifican suficientemente la complejidad de su objeto histórico.

Acorazados dentro de su estereotipo, nuestros oponentes ignoran alguno de los hechos sencillos y obvios que las interpretaciones anteriores habían registrado. Por ejemplo, las diferencias entre modernidad de vanguardia y modernidad difusa constituyen un *dato* (no una *teorización*, Carlos) cultural que el historiador tiene que tener en cuenta en su explicación en lugar de exorcizarlo, cuando no le encaja, bajo el anatema de "formalismo". Las columnas dóricas y las normas DIN no presuponen "en sí mismas" una determinada ideología. Pero el historiador no las encuentra nunca "en sí mismas" sino en un contexto que muchas veces la presupone (y en la España de los años 40 de modo bastante significativo).

Y son "detalles" de ese tipo los que revelan lo que, según intentábamos apuntar en nuestro artículo, constituye la carencia más importante del paradigma de la "continuidad". Porque cuando se habla de arquitectura el concepto de ideología no puede, por ejemplo, aplicarse homogéneamente a "columna dórica" y "normas DIN". Hacerlo supone reducir el funcionamiento ideológico de la arquitectura a su incidencia práctica e inmediata en el "desarrollo de la racionalidad capitalista" (según un esquema, seguramente "italianizante" y "autónomo", y esto sin ironía, Ignacio, que donde menos se espera rebrota el mecanicismo). Impide entender, precisamente, "la determinación *mediada* (mediada por las formas, las imágenes, los *ídolos* de la conciencia) que relaciona los procesos culturales con la *totalidad* de los procesos sociales" —si se nos permite terminar aquí repitiendo una de las muchas cosas de nuestro artículo que nuestros oponentes dejan de mencionar en sus dolidas respuestas.

T. I. LORENS / H. PIÑÓN